

EPISTOLARIO

Gabriel Miró

Caja de Ahorros del Mediterráneo/Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante

750 pp. 32 €

Gabriel Miró en sus cartas

José-Carlos Mainer

1 enero, 2011

Hay críticas de libros que alcanzan ominosa posteridad de epitafios y quedan tan estrechamente asociadas a su autor como sus méritos más indiscutibles. El 9 de enero de 1927, Ortega y Gasset publicó en *El Sol* un artículo sobre *El obispo leproso* (1926), de Gabriel Miró, que luego recogería en el volumen *Espíritu de la letra* ese mismo año. Importa poco que buena parte del encanto del narrador levantino se correspondiera cabalmente al ideal de «novela morosa» que el pensador había encomiado en *Ideas sobre la novela* (1925) como superación de la narrativa decimonónica; lo que quedaría para siempre es la alarma del crítico ante la condición novelesca del libro («con la novela no

se puede jugar») y su sentencia inapelable («cada frase está hecha a tórculo», «la perfección de la prosa de Miró es impecable y implacable», «suena sin remedio a falsedad estética»).

Miró tenía seguidores que respondieron (el *Heraldo de Madrid* del 18 de enero reunió una importante porción de escritos favorables) y, después de su temprana muerte, que ocurrió en 1930, se constituyó una asociación de «Amigos de Gabriel Miró», presidida por Azorín (y con la eficaz secretaria del crítico y traductor Ricardo Baeza), que en 1932 acometió la importante «Edición Conmemorativa» de sus obras, concluida en 1949 y que contó con prólogos de los mejores escritores españoles de su tiempo. El *Epistolario* de Gabriel Miró (que acaban de editar con admirable meticulosidad Ian Macdonald y Frederic Barberà) nos permite seguir casi al día las reacciones del escritor ante la caprichosa *boutade* de Ortega, pero también el enrarecido clima de incomprensión y menoscabo en que se produjeron los hechos y los vivió Gabriel Miró, siempre demasiado vulnerable y algo propenso a la autocompasión. De la salida de *El obispo leproso* había hablado, sobre todo, la prensa de derechas, tradicionalmente sublevada por el tratamiento esteticista (y sutilmente derogatorio) que Miró daba de la religión católica y sus ritos. Al escritor le había dolido «un codazo, o una coza» del articulista de *El Siglo Futuro* (carta a Ricardo Baeza, del 28 de enero de 1927) y los aviesos trabajos de Luis Astrana Marín en *El Imparcial* y de Nicolás González Ruiz en *El Debate*, porque sabía que, con todo ello, tenía cada vez más lejano obtener el Premio Fastenrath, de la piadosa e hipócrita Academia, y el propio ingreso en sus filas (donde había sido propuesto por Palacio Valdés, Azorín y Ricardo León). A Jorge Guillén se lo comentaba, con afectada resignación, y también le decía que «me sorprendió la rodillada» de Ortega (carta del 10 de febrero), pero la carta de queja más significativa (y algo enigmática) es la que escribió ese mismo día a Juan Guerrero Ruiz: acababa de salir la revista *Verso y prosa*, dirigida por el activo funcionario murciano, y Miró comenta sibilino que «la joven Poesía se ama mucho [...]. Son unos masones que llevan un diminuto triángulo veneno en el relojito-pulsera». Juan Ramón Jiménez le parece el «gran Hermano de la Logia» y Jorge Guillén es «frío de corazón. Fue a Murcia y nevó. Dejémelo a mí que ya me las pagará».

¿Son bromas más o menos recelosas, o Miró respira por la herida del desvío de Juan Ramón –que estuvo muy poco expresivo en su desagravio– y del silencio que mantenían Guillén y Salinas? En todo caso, en mayo vuelve a escribir a Guillén con el afecto de siempre y le cuenta que ha recibido una carta consolatoria de Salinas. Y en que puede, como secretario que era del negociado de concursos nacionales, nombró a ambos como jurados de los Premios Nacionales de Literatura que se iban a discernir en primavera y que tenían a la figura de Góngora, en su centenario, por tema obligado. El 1 de enero de 1929 Miró ha recibido la primera edición de *Cántico*, que le ha entusiasmado y leído con fruto: lo define como «concauidad henchida: convexidad exacta; la línea pura del huevo de Gide: por gestación lenta, selectiva del tiempo». De Juan Ramón Jiménez nada importante volvemos a saber en el epistolario, pero el comienzo de su relación, en 1919, ya fue muy poco prometedor. En su primera carta (2 de junio de aquel año), Miró le recordaba que los había presentado Gregorio Martínez Sierra y «Vd. fue para mí escasamente afectivo [...]. Después, yo le envié algunos libros míos; y Vd. nada, ni palabra: este silencio me entristeció y me enfadó. Y enfadado y todo, seguí leyéndole». *Fair play* ante todo... También en diciembre de 1929 le comunicaba a Ricardo Baeza su voto sobre los mejores libros publicados en España durante el mes anterior y no dudaba en incluir en el lugar más destacado el séptimo volumen de *El espectador*, de Ortega: «No diré Vd. que no soy objetivo», comentó jocosamente.

Un epistolario literario debe ser interrogado como importante fuente de las ideas estéticas de su autor, pero quizá nos responda con más elocuencia acerca de aquellas que deseaba tener, que no es exactamente lo mismo. Como recordaba Unamuno en el prólogo de las *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, también somos lo que creemos que somos o lo que queremos ser. Los dos textos de estética personal más importantes que escribió Gabriel Miró fueron la conferencia de 1925, «Lo viejo y lo santo en manos de ahora», que se refiere, sobre todo, al don de la evocación (que comporta la «fortaleza de la ingenuidad», como la «inocencia y sensualidad») y las tres versiones de un inédito, «Sigüenza y el mirador azul», que escribió precisamente como respuesta a las imputaciones de Ortega y donde vinculó su escritura al recuerdo siempre vivo de su infancia (la conferencia está recogida en la excelente *Vida de Gabriel Miró*, de Vicente Ramos, y el conjunto inédito fue dado a conocer por Edmund L. King). Y estas cartas añaden copiosas y nuevas confesiones que insisten en los mismos puntos. Al poeta Tomás Morales le escribió en 1908 que nadie le entenderá mejor porque «yo que amo el paisaje y la exquisita sutileza de lo pueril fragante de cosas tristes». Con menos alharacas decadentistas, se presentaba a Valéry Larbaud, en misiva de abril de 1925, como «un escritor de comarca: de sus pueblos, de las heredades, de los caminos, del mar, de la desnudez y reconditez de las vidas rurales y de la sensualidad de las vidas devotas, favorecido por mi crianza y mi afición a la liturgia». En octubre de 1918 –en carta a Ricardo Baeza– matizaba su entrega a la escritura: «Confieso que no soy un artista voraz, de acendrada estirpe. Más que el arte, me preocupa la vida, sobre todas inquietudes, la biológica. Vivir; por los míos, a los que amo con todas mis entrañas; vivir por sentirme, por vivir; y después, vivir por mi arte». Y apenas año y medio después, a Gabriel Maura le declaraba que su ideal final es poder retirarse «en una vieja casa mediterránea, con parral y todo, y allí me llamaré, me buscaré a mí mismo, y todavía he de encontrarme». Pero, en lo que toca a la estética, sabe muy bien dónde está, como le ha dicho a Juan Ramón Jiménez (abril de 1920) a propósito de su conversación con un agente literario de Doubleday: «Mr. Houston conoce las obras de Blasco Ibáñez. Yo me definí diciéndole que era todo lo contrario de Blasco Ibáñez. Parece que me entendió».

Tanta certeza estética alimentaba una legítima soberbia de autor. A su amigo juvenil Eufasio Ruiz le escribe en 1908 que «yo no soy un *profesional* del arte. Escribo cuando puedo», pero buscaba con ansia la ocasión de publicar, y cuando dos periodistas alicantinos le abren la posibilidad de hacerlo en 1909, escribe un ditirambo ruborizante: «¿Y es posible que queden Augustos y Condes de Lemos sin que se hallen Horacios y Cervantes? ¡Válgame el prodigio! ¡Toda mi alma, toda mi vida tiembla gozosamente!». Pero el tiempo y los desengaños le harán más soberbio y exigente. Vive en Barcelona, y luego en Madrid, porque no quiere ser «escritor lugareño» (carta a Rafael Altamira, en 1914), y cuando el editor Calleja inicia una colección de *Páginas escogidas* en las que se publican las de Clarín, Azorín, Baroja y Antonio Machado, le pide a Ricardo Baeza y a Enrique Díez-Canedo, a quienes convierte siempre en benévolo agentes literarios, que intercedan para que se editen también unas suyas. Y cuando se presenta a Valéry Larbaud (en carta que ya se ha citado), se refiere despectivamente –y con razón– a la *Historia de la literatura* de Juan Hurtado y Ángel González Palencia, porque «de esa Historia ni de ninguna otra se puede inferir el lugar categórico del escritor español. Sin embargo, yo creo que tengo el mío [...] porque todavía la popularidad no es del mundo de nosotros, sino de otro linaje de gentes».

Nunca anduvo muy sobrado de dinero pero, cuando pudo hacerlo, no tuvo inconveniente en negociar

a la vez con Ruiz Castillo, de Biblioteca Nueva, y con Calleja la edición de sus *Obras completas*, que acabaron en manos del primero. Y nunca perdonó a sus editores barceloneses Vecchi y Ramos, que le encargaron la dirección de la *Enciclopedia Sagrada*, que en 1915 suspendieran lo que pensó que sería su maná catalán. Cuando hacia 1920 su trabajo empezó a darle más satisfacciones, exigió el reconocimiento económico correspondiente: la revista barcelonesa *Lecturas* -le cuenta a Alfonso Nadal en 1925- le ha solicitado hacer una edición popular de *Dentro del cercado* y les ha pedido más de las mil pesetas con que ya han retribuido a los Quintero, Pérez de Ayala, Azorín y Baroja: no se las han querido pagar. Y es que «son los mismos escritores que ministran las empresas editoriales los que se asustan de lo que haga un escritor que quiera mejorar su oficio en bien de todos. En adelante prefiero que se me tenga por codicioso».

Por supuesto, todo esto nos lleva a la parte más oscura de un taller literario. Miró, fracasado en tempranas oposiciones a la administración, pretendió siempre vivir de alguna prebenda: como cronista de Alicante, como empleado de la Mancomunitat de Cataluña, como funcionario en Madrid. En 1912 escribía a Germán Bernácer: «He cumplido treinta y dos años, tengo dos hijas y soy pobre; cada día más pobre. ¡Yo no sé qué haría para tener dineros!». El 27 de agosto de 1921, cesante por entonces del Ministerio de Trabajo, le escribe a Antonio Maura en términos que hubiera firmado un postulante del siglo XVII, arcaísmos incluidos: «¿No podría deparárseme un lugar retraído en Gracia y Justicia, en Instrucción Pública, en un museo, en un archivo del Ayuntamiento de Madrid, cuyo sostén redimiese mi arte de la forzada condición del oficio?». Lo logró por esa vía cuando, en octubre de 1922, le llegó la mencionada plaza de gestor de los Concursos Nacionales que mantuvo hasta su muerte. Pero fue siempre descontentadizo de sus viviendas (la de Barcelona, en la Bonanova, se cae a trozos y no la arregla el casero; la de Madrid, en la calle de Rodríguez de San Pedro, es un «horno de cal», y tan angosta que «andamos retorciéndonos como pilares salomónicos») y se declaró abrumado por sus empleos burocráticos: el último es denominado siempre en sus cartas «mi jaula del Ministerio». Y, sin embargo, sonrojan las epístolas que ha dirigido a Antonio Maura para acabar obteniendo su puesto y de las que ya hemos visto un ejemplo. En 1915 recuerda al político conservador como «bronce glorioso en una soledad histórica augusta» (se refiere, sin duda, a las campañas antimauristas de 1909) y le evoca, en plena trifulca de aliadófilos y germanófilos, cómo «han traspasado su vida todos los dolores de la excelsitud en nuestra Patria. Usted es la cumbre misma». Y en septiembre de 1917, poco después de la huelga general de agosto y de las tormentas políticas de todo aquel año, le confía que «nos resignaríamos a negarnos nacionalmente a nosotros mismos si no lo resistiese todo una verdadera ansia mesiánica en usted. Lo digo porque ya es una verdad en la que coinciden los más contrarios corazones». Y cuando, en 1921, ha rechazado «un poco de pan arrojadizo» que, en forma de conferencia, le ha ofrecido César Silió, le escribe a su mecenas para decirle que quiere que se le trate «como un escritor que ha llegado a recibir el elogio y el afecto de don Antonio Maura».

Desde Galdós hasta Miró, pasando por Azorín, el político mallorquín se llevó bien con los escritores y tuvo mano -a menudo, decisiva- en la Academia. Se hace difícil aceptar la docilidad del autor de *Nuestro padre San Daniel*, pero la escritura más excelsa se sustenta frecuentemente en la queja jeremiaca por las miserias cotidianas o en el paralelo ejercicio del egoísmo. La salud de su familia y la suya nunca fueron buenas, él era fuertemente hipocondríaco y las cartas están llenas de lamentos al respecto. Y la muerte de sus amigos afectaba al escritor de un modo que tiene también lo suyo, y

mucho, de autocompasión: sucede en los casos de Rafael Romero («Alonso Quesada») y de Ramón Turró. Pero quizá lo más llamativo sea su reacción ante el fallecimiento de Enrique Granados y su mujer: «Creo –escribe a Bernácer– que después de los huérfanos, el más perjudicado soy yo; y me perdono a mí mismo esta palabra que materializa mi dolor» (7 de abril de 1916). Este hombre que adoraba a su familia y a sus íntimos es, sin embargo, el mismo que en 1923 (carta a Teresa Miró, de 11 de septiembre) se niega a recoger en su domicilio, por espacio de un año, a la hija de su hermano Juan (que acababa de enviudar y con quien no se trataba), porque «mi hermano sabe que mi vida de escritor exige de toda mi familia una suprema abnegación, y un régimen en mi hogar de silencio, de quietud, de comprensión de mi esfuerzo [...]. Únicamente mi mujer y mis hijas, educadas desde el principio para mi intimidad, pueden aceptar con ternura esta vida».

Este fascinante *Epistolario* es el volumen XX de la edición de la *Obra completa* en tomos sueltos, acometida en 1986 por el Instituto Juan Gil-Albert de Alicante y la Caja de Ahorros del Mediterráneo. Aunque incompleta todavía, constituye una espléndida y necesaria referencia, junto con otras y más recientes *Obras completas*: los tres volúmenes que ha preparado Miguel Ángel Lozano y que siguen un orden estrictamente cronológico. Y es que la condenación de Ortega, que reservó a Miró el paraíso sofocante de los paisajistas, no se ha cumplido para los filólogos, afortunadamente. Pocos autores de nuestro siglo XX han recibido un culto local tan fervoroso y delicado, interpretaciones tan afinadas, dedicaciones tan absorbentes (pienso ahora en los hispanistas Edmund King, Richard Landeira e Ian Macdonald) y ediciones tan bien hechas¹. Y la verdad es que nuestro Miró se merece todo esto.

¹. Las citadas *Obras completas*, editadas por Miguel Ángel Lozano Marco, están publicadas por la Fundación José Antonio Castro, Madrid, 2006, en el marco de la «Biblioteca Castro». La mejor biografía es la ya citada de Vicente Ramos, *Vida de Gabriel Miró*, Alicante, Caja de Ahorros del Mediterráneo/Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, 1996. Al mismo primer editor se deben los importantes volúmenes de *Actas del I Simposio Internacional «Gabriel Miró»* (1996) y *II Simposio Internacional «Gabriel Miró»* (2004), que reunieron a los más significativos estudiosos mironianos.